La Gran Enciclopedia Argentina

Carlos A. Scolari

FACTOTUM
EDICIONES

La Gran Enciclopedia Argentina

FACTOTUM
EDICIONES

FACTOTUM
EDICIONES

Scolari, Carlos A.
La gran enciclopedia argentina / Carlos A. Scolari. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2021.
XXX p. ; 23 x 14 cm. (Fictio)

ISBN 978-987-4198-XX-X

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Carlos Scolari, 2021

© Factotum Ediciones, 2021
Pasaje Rivarola 115 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com

Primera edición, 2021.

Coordinación editorial: Luciano Páez
Foto de tapa: Shutterstock
Retrato del autor: XXXXXXXXXXXXx
Diseño de maqueta: Renata Cercelli
Asesor gráfico: Aldo De Losa
Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-4198-XX-X

Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La Gran Enciclopedia Argentina

Carlos A. Scolari

FACTOTUM
EDICIONES

Haré con vuestra ayuda este cuaderno,
del argentino reino recontando
diversas aventuras y extrañezas,
prodigios, hambres, guerras y proezas.

Tratar quiero también de sucedidos
y extraños casos que iba yo notando.
De vista muchos son, otros oídos,
que vine a descubrir yo preguntando.

De personas me fueron referidos
con quien comunicaba, conversando
de cosas admirables codicioso
saber por escribirlas deseoso.

La Argentina, Martín del Barco Centenera, 1602

FACTOTUM
EDICIONES

Yo creo que la enciclopedia, para un hombre ocioso y curioso,
puede ser el más grato de los géneros literarios.
Diálogos 2, Jorge Luis Borges, 1602

La enciclopedia está dominada por el principio peirceano
de la interpretación y, por lo tanto, de la semiosis ilimitada.
Dall'albero al labirinto, Umberto Eo

Los argentinos del futuro nos estudiarán
con mejores elementos de los que nosotros disponemos
para estudiar a nuestros antecesores,
pero el libro del porvenir
también estará cerrado para ellos.
Gran Enciclopedia Argentina, Josçé A. Uriburu

FACTOTUM
EDICIONES

I

Dale, comencemos. Ahora que encendiste el grabador, te lo repito una vez más: quiero que publiques todo lo que yo te vaya diciendo con las mismas palabras. Tenés que transcribirlas exactamente, una por una. Vos podés agregar lo tuyo y completar los datos, o sea, vos hacé tu trabajo, pero lo mío tiene que salir de forma completa y tal cual te lo digo. Si estás de acuerdo con esta condición, arrancamos cuando quieras. Bien. Mirá, la cosa empezó en diciembre del cincuenta, el quince de diciembre de mil novecientos cincuenta. Ese día mi jefe en la Coordinación, Ignacio Benjamín Roca, más conocido en su ausencia como el Gordo Roca, me llamó a su despacho. Ojo con el Gordo Roca: a primera vista parecía un tipo simpático, pero, atenti, te podía hundir en cualquier momento gracias a la información que manejaba. Sabía todo de todos. El Gordo Roca era un archivo con patas, muy discreto, pero podía bajar al pájaro que quisiera con un par de llamadas a los diarios. ¿Fulano molesta al gobierno? *El Mundo* publicaba fotos de fulano con su amante en las páginas de espectáculos y le arruinaba el matrimonio. ¿Fulano sigue molestando? Fulano reaparecía en la sección policial

FACTOTUM EDICIONES

del diario, tomando champagne *in fraganti* con unas pibitas en un prostíbulo o, peor aún, en un cabarute de putos en el Bajo. La tercera semana ya nadie hablaba de fulano, era un cadáver vaciado por los caranchos de la información. Ese era el Gordo Roca, un tipo muy querido y respetado por esto que te estoy diciendo.

Esa mañana, lo recuerdo como si fuera hoy, Roca sudaba a chorros a pesar del ventilador que tenía en su despacho. Vos sabés cómo es Buenos Aires en diciembre. Las gotitas le nacían en la frente y bajaban por el cuello hasta formar dos lagos axilares. Un día se enteró de que lo habían bautizado "la Cuenca del Plata" y no paró hasta encontrar al pobre desgraciado que le había puesto ese apodo. Mi oficina estaba en la planta baja, en la parte posterior del edificio, junto a la sala de los choferes y por encima de los equipos de radio del sótano. Apenas entré Roca me mandó llamar. El Gordo estaba alterado y no solo por el calor.

–Buen día, Francisco. Siéntese y escuche con atención lo que voy a decirle. No lo repetiré: este es un encargo al más alto nivel. No se admiten errores. Solo usted y yo estamos al tanto de esta historia aquí dentro. Soy claro, ¿no?

Cuando quería, o sea siempre, Roca era clarísimo, no se andaba con boludeces.

–Tiene que ir a la Fundación. La Señora necesita un agente para un trabajo que se le informará ahí mismo. Lo esperan a las once y media. No vaya con chofer: tome un taxi y bájese un par de cuadras antes. Bueno, no sé para qué se lo explico… Ya sabe cómo funcionan estas cosas.

La Señora.

Yo también comencé a sudar. Vos sos un pendejo, no tenés idea de lo que significaba este pedido. La Fundación había sido creada un año antes por decreto ley. Al principio la Señora atendía en el viejo Palacio Unzué, la residencia presidencial en Recoleta, pero después había pasado a ocupar un despacho en el Palacio de Correos. Cuando me convocaron, su oficina estaba en el mismo edificio donde había funcionado la Secretaría de Trabajo y Previsión del General, frente a la Plaza de Mayo, al lado del Cabildo, donde ahora está el Concejo Deliberante. En menos de una hora me encontraba frente a la puerta de ingreso de la Fundación. Después de identificarme en la mesa de entradas y un par de llamadas de verificación, un joven me acompañó hasta el despacho de la Señora. No era complicado llegar a ella. A diferencia del General, que te hacía pasar por varios controles de seguridad y el detector de metales, la Señora era mucho menos maniática.

Su despacho estaba ubicado en un ambiente enorme, muy recargado, con paredes recubiertas de madera y muebles estilo Luis XIV. ¿Lo tenés a ese estilo? Es el rococó. En la sala había varios sillones y sillas. La Señora salió a recibirme desde atrás de un escritorio interminable y vino a mi encuentro. Me dio la mano y me invitó a sentarme a su lado, en una de las sillas, junto a una mesita redonda. Los detalles. En la Coordinación nos preparaban para eso, para los detalles. Traje de alpaca gris de dos piezas. Chaqueta con dos filas de botones forrados en terciopelo al igual que el cuello. El tono de este gris, el de los botones y el del cuello, era un poco más oscuro que el del traje pero sin llegar a ser negro. Zapatos de vestir de taco moderado, cuero negro, ahora sí, casi con seguridad cuero trabajado en Italia, sin ningún tipo de aplique metálico ni pieza exterior. Camisa blanca de seda mulberry con botones de madreperla. La chaqueta del traje sastre retocada para vestir un cuerpo que cada día se encogía un poco más. La piel blanca, casi transparente, y unas ojeras apenas visibles bajo una ligera capa de maquillaje. La Señora se movió en la silla tratando de disimular una leve

FACTOTUM EDICIONES

puntada en la ingle, pero no pudo evitar llevarse la mano derecha a la cadera. Los informes reservados que circulaban por el último piso de la Coordinación no se equivocaban. Un mes más tarde la operarían de apendicitis, pero en esos mismos informes aparecería subrayada su condena a muerte: carcinoma endofítico. Más adelante te explico cómo tapamos la enfermedad de la Señora. Fue una de las más grandes operaciones de inteligencia que se hicieron en la Argentina. Si querés, después te lo cuento. Un *capolavoro* hicimos.

Antes de que se retirara el joven que me había llevado hasta su despacho, la Señora le encargó un café con leche y dos medialunas de manteca. Me interrogó con la mirada.

–Solo un vaso de agua para mí.

Una vez que se cerró la puerta, la Señora abrió el fuego.

–No me han dicho su nombre.

Hice un esfuerzo para no se sintiera el temblequeo de mis dientes.

–Francisco Muñoz, señora. Para servirle. A usted y al país.

* * *

Geografía argentina

Hace millones de años dos grandes macizos, Brasilia y Patagonia, ocupaban lo que hoy es el territorio argentino. El ineludible paso del tiempo hizo que estos dos macizos se fragmentaran y dieran nacimiento a nuevas unidades. Así surgieron, en épocas muy tempranas, las sierras pampeanas, y en tiempos geológicos más recientes, la cordillera de los Andes. Sobre la parte hundida del macizo Brasilia se depositó una gruesa capa de sedimentos que terminó uniendo los bloques emergentes: la llanura chaco-pampeana. Como si una misma fuerza animara a los cuerpos continentales y sociales, estos

procesos de descomposición, aparición de nuevas unidades, sedimentación y ulterior fragmentación han sido una constante de la historia, no solo geológica, de la Argentina.

(...)

Si hoy la República Argentina se caracteriza por ocupar un lugar periférico respecto a las extensas tierras que se encuentran en el hemisferio norte, no siempre fue así: hubo un momento en que el territorio nacional formaba parte de la mayor masa continental del planeta. Escribe Florentino Ameghino (1854-1911) a propósito de esta arcaica distribución de las tierras y mares: "Durante los últimos tiempos de la era Mesozoica, al norte de la línea ecuatorial, se extendía un vasto océano sembrado de islas, y al sur, una gran masa continental –llamada Arquelenis– en la cual se encontraba englobado nuestro territorio, que estaba unido con África al oriente y se prolongaba a través de la región polar antártica hasta Australia y Nueva Zelanda". La geología no miente: en ese remoto universo mesozoico, la Argentina fue el centro del mundo.

* * *

Mientras esperaba el desayuno, la Señora hojeó en silencio una carpeta con el escudo de la Fundación. Su mirada saltaba de página en página y, cada tanto, dejaba caer la vista en algún dato, pero después aceleraba de golpe, sobrevolaba los folios con rapidez hasta que volvía a detenerse. Era una lectura nerviosa, taquigráfica, que solo captaba lo esencial. No sé si te lo dije, pero en la Coordinación nos preparaban para los detalles, esas miniaturas de la vida cotidiana que definen a las personas a través de sus gestos y objetos. La carpeta era de cuero vaquetilla marrón oscuro y escudo repujado con aplicación manual en pan de oro. Estábamos en

FACTUM EDICIONES

una sala revestida en roble con falsas columnas y capiteles en estilo corintio, dos bargueños Luis XIV grabados con escudos municipales, dos jarrones con base de bronce, quizás cristal de Baccarat, ocho sillas tapizadas con diseños florales sobre un fondo marrón claro, ocho sillones negros con patas de madera adornadas con figuras doradas, tres arañas (una grande, central, y dos más chicas situadas a lo largo de una línea diagonal que cruzaba la sala), el reloj también dorado sobre el hogar, debajo del espejo. Cuatro minutos. El reloj atrasaba cuatro minutos. Sigo. Dos apliques a ambos lados del hogar que hacían juego con las dos arañas más pequeñas. El teléfono, el tintero y el portapapeles estaban bañados de oro y tenían el escudito de la Fundación. Junto con la carpeta de cuero formaban parte de un mismo conjunto de piezas exclusivas para escritorio. Los detalles, ¿viste?

Al rato una joven entró con una bandeja y dejó la taza, el plato con las medialunas y mi vaso sobre la mesita. La Señora le sonrió y, antes de cerrar la puerta, le pidió por favor que no nos interrumpieran hasta el final de la reunión. Si el Gordo Roca iba siempre al grano, la Señora no se quedaba atrás.

–Bien, Fran-cis-co, tengo que encomendarle una tarea muy delicada que exige la mayor atención. No le haré perder el tiempo porque tengo miles de cosas pendientes esta mañana: el General encargó un proyecto secreto a un colaborador y quiero saber de qué se trata. No quiso decirme nada. Está ocultando algo. Yo lo conozco bien. Sé que mantiene encuentros secretos fuera de la Casa Rosada. Cada tanto recibe llamadas telefónicas. Ya lleva varios meses con esta historia. Me responde con evasivas. Lo único que pude sacarle es algo sobre una enciclopedia, nada más, pero no me lo creo. Fran-cis-co, averígüeme qué está pasando. Se lo adelanto: esto no es un asunto de polleras. De esas chirusas me encargo yo en persona.

Imaginate mi situación. No sé de dónde saqué pelotas para abrir la boca y preguntarle si era consciente de que me estaba pidiendo que espiara al Presidente. La Señora habrá pensado que yo era un pelotudo (no estaba errada, en esa época yo era un pichón y creía que me las sabía todas), pero me confirmó con una sonrisa que era *muy* consciente de lo que me estaba pidiendo.

–Exacto. Quiero saber quiénes son sus interlocutores, con quién habla y, sobre todo, de qué hablan. Y otra cosa: quiero que este pedido tan especial quede entre nosotros dos. Nadie, ni siquiera en la Coordinación, debe estar al tanto de esta tarea. No quiero intermediaciones: a partir de ahora usted trabaja para mí. Dígale a su jefe que no está autorizado a compartir información con nadie, ni siquiera con él. No quiero informes escritos. Ya lo llamaré yo de aquí a unas semanas para que me ponga al tanto de sus avances. ¿Alguna duda?

La Señora.

–Fran-cis-co… Fran-cis-co-Mu-*ñoz*… ¿Quién les elige los nombres en la Coordinación? Por aquí ya tenemos a Muñoz Azpiri, que también se llama Francisco. Bueno, supongo que habrá muchos Francisco Muñoz en Buenos Aires. En cierta forma se complementan: Muñoz Aspiri escribe guiones y discursos; usted, el otro Muñoz, mira y escucha.

–Mirar y escuchar, Señora, es mi trabajo.

Esta misión me colocaba en una situación complicada. Me sentí un pequeño engranaje, una ruedita dentada que comenzaba a girar entre varias coronas gigantes que se habían puesto en movimiento y podían triturarme en cualquier momento. ¡Justo! ¡Mirá! Se está terminando el casete. Dalo vuelta y te cuento lo del tumor. No. Mejor. Apagá el grabador. Esta parte de la historia será mejor que no la publiques.

FACTUM EDICIONES

II

Gracias por las medialunas, ahora podemos acompañar el mate como corresponde. Dejá, hoy cebo yo. Habíamos quedado en el encuentro con la Señora, ¿no? Si me voy por las ramas, avisame, tengo la costumbre de irme al carajo cuando cuento algo. ¿Está bien la temperatura del agua? Bueno, te decía, ese día salí de la Fundación por Avenida de Mayo y me metí en el primer café que encontré. Le pedí al mozo un whisky doble con hielo. El bocho me giraba a mil por hora. No era para menos. La mujer más poderosa del país me había encargado que espiara a su marido, el líder político más importante de la Argentina en el siglo XX. Hasta donde sabíamos en la Coordinación, la única información que estaba vedada a la Señora por orden taxativa del General eran los reportes sobre su salud. Por más que se esmerara en aparentar que no pasaba nada, la Señora no era ninguna estúpida y había detectado que el General le ocultaba información. Por otra parte, ponete en mi lugar, yo no podía defraudar la confianza que la Señora había depositado en mí. Y encima, la cosa más extraña era eso de que Perón le había dicho algo sobre una enciclopedia. Quizá ahí, en ese detalle, estaba

FACTOTUM EDICIONES

la única vía de escape. Acordate, identificar detalles, ver lo invisible, detectar lo obvio, eso era lo nuestro. Investigaría sobre esa enciclopedia. Si descubría algo, genial, quedaría como un duque con la Señora y el Gordo Roca. A lo mejor Perón estaba *realmente* metido en algo extraño. Y si no, bueno, me lo inventaría. No sería la primera vez que desde la Coordinación nos inventábamos una buena historia para entretener al público. Ya se me ocurriría un relato creíble para contarle a la Señora. Pero eso podía decidirlo más adelante, en caso de que no encontrara nada interesante en mis investigaciones. Ese sería el plan B. No sé si te lo dije, ese día hacía un calor insoportable. Llamé al mozo, le pedí que me trajera otro whisky doble y los diarios, *La Nación* y *Crítica*, ¿viste?, hay que estar bien informado. Con todo el quilombo del encuentro en la Fundación no había tenido tiempo de repasar la prensa. Como siempre, leí los diarios de atrás para adelante. No es que me interesaran los chistes o las tiras cómicas, para nada, pero ya te lo dije, lo importante son los datos secundarios, los detalles en que nadie se fija, esos que se encuentran en las últimas secciones de los diarios, en los anuncios clasificados o en esas notitas breves a las que ningún lector les da bola. Todavía hoy sigo leyendo la prensa al revés. Empiezo por el Clarín Porteño y finalizo por los titulares que no dicen nada. En ese momento, en el bar, con el segundo whisky, tracé mi plan de acción. Siempre fui muy sistemático en el laburo. Escribí al voleo dos listas, una de archivos a consultar y otra de personas a entrevistar, y volví rápido a la Coordinación. El Gordo Roca estaría ahogándose en su sudor y no quería sofocarlo más de lo necesario. Buenísimas las medialunas. ¿De dónde son? (...) ¿Ya cambiaste el casete? ¡Te avisé que se estaba terminando! Observar los detalles, captar lo mínimo, prestar atención a lo marginal: en la Coordinación nos entrenaron para eso. La memoria se

pierde; la seducción por el detalle, nunca. Si ya lo cambiaste, te cuento el funcionamiento. La Coordinación de Informaciones del Estado era un ente público que se alimentaba de información y, al mismo tiempo, producía información. Era como una planta: había que regarla todos los días. Cada tanto florecía y nos daba más semillas de información. Eso era la Coordinación: una especie de metabolismo informativo. Un organismo que procesaba datos. Vos fuiste a la universidad, en alguna materia te habrán explicado cómo funciona la información, eso de que un dato lleva a otro dato, y cada interpretación produce nuevas interpretaciones. La Coordinación era una máquina de interpretar que no toleraba el vacío informativo: si no había información, si no había materia prima, entonces había que crearla. La información es la materia prima y el combustible de la inteligencia. El rumor era la modalidad más utilizada por la Coordinación (pero no la única) para llenar esos vacíos. La otra modalidad era la investigación, o sea incorporar nueva información obtenida en el terreno para alimentar la máquina de interpretar... No sé, te cuento esto para que tengas en claro cómo funcionaban las cosas. Bueno, todavía funcionan así. ¿Dónde habíamos quedado? Ah, sí, en el encuentro con la Señora y los whiskies en el bar. Lo primero que hice al regresar a la Coordinación fue hablar con Roca. Le aclaré que el pedido de la Señora no tenía nada que ver con su salud. El Gordo se sacó un peso de encima. El comienzo de mi informe lo tranquilizó y lo predispuso de manera positiva para escuchar el resto. Le dije que la Señora me había encargado que le averiguara sobre un proyecto secreto del General que, aparentemente, estaba vinculado con una enciclopedia.

–*¿Una enciclopedia? ¿No le bastó con la conferencia en el congreso de* filosofía? Qué ganas de romper las pelotas, ese viejo... Mire, Francisco, mientras no se meta con la salud de

FACTOTUM EDICIONES

la Señora, investigue lo que quiera. ¿Cuándo debe volver a verla?

Le dije que ella me llamaría. Y le anticipé que no quería informes escritos.

El Gordo estaba cada vez más relajado.

–Adelante, entonces. Yo sí quiero informes quincenales, a menos que la Señora lo convoque a la Fundación. En ese caso, nos veremos de manera inmediata antes del encuentro. Aunque pensándolo bien, la Señora tiene razón: yo también quiero informes orales. Cada quince días. Nada de papeles. Vea qué se puede averiguar sobre esa enciclopedia. Esto siempre fue así: con los problemas que hay en este país, tenemos que ocuparnos de cada pelotudez…

Roca era un tipo brillante, uno de los más espabilados que he conocido, pero a la hora de tratar con la gente no se distinguía por su delicadeza. Ni la manera de gesticular ni sus torpes movimientos le ayudaban; por el contrario, lo hacían parecer mucho más áspero y brusco de lo que en realidad era. No sabría bien cómo describirlo, qué sé yo, imaginate un cerebro de *Homo sapiens* embutido dentro de un orangután gordo y mofletudo.

* * *

El origen del hombre argentino

Cuando los primeros europeos llegaron al Nuevo Mundo, se sorprendieron por la presencia de humanos en estas tierras. Las teorías sobre los orígenes de esas gentes no tardaron en desembarcar junto con los caballos, los arcabuces y la sífilis. Según el lexicógrafo español Alejo Venegas de Busto, los habitantes de las islas del Caribe eran sobrevivientes de la caída de Cartago en el 146 antes de Cristo. Agustín de Zárate

(1514-1585), autor de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555), retrotraía el cronómetro mucho más atrás y, legitimado por Platón, sostenía que los habitantes del Nuevo Mundo solo podían provenir del colapso de la Atlántida. De frente a estas inconsistencias, una buena parte de los exploradores y conquistadores prefería apostar por una teoría mucho más sólida: los americanos eran descendientes de las tribus perdidas de Israel. Contra todas las previsiones, el primero que apuntó hacia el estrecho de Bering y descartó la hipótesis bíblica fue el padre jesuita José de Acosta (1540-1600) en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590). A pesar de la variedad de relatos, todos estos cronistas, historiadores, literatos, teólogos y filósofos coincidían en un punto: los americanos no provenían de América. Solo la voz firme y empírica del paleontólogo argentino Florentino Ameghino (1854-1911) se permitiría afirmar lo contrario.

(…)

Explica Ameghino que los primates aparecieron en el período Cretáceo en Arquelenis, el espacio geográfico que unía la Patagonia con Australia a través de las regiones polares. Tanto en la formación patagónica como en la santacruceña se han encontrado fósiles de simios (*Homunculites, Pitheculites*) muy pequeños pero evolutivamente avanzados. El más conocido es el *Homunculus*, cuyo cráneo es una miniatura del humano. En Europa y Asia los monos recién aparecieron en el Mioceno. ¿De dónde llegaron? Es evidente que de Sudamérica. La hipótesis de Ameghino, apoyada por prestigiosos científicos del calibre del doctor Mahoudeau de la Escuela de Antropología de París, era algo más que una conjetura: los *Homunculidios* encontrados en la formación santacruceña compartían muchos rasgos con el *Homo sapiens* y eran los que más se aproximaban al tronco del cual se separaron monos y hombres. “Resulta, pues, que el hombre puede haber

FACTOTUM EDICIONES

tenido su precursor en Sudamérica… Quizá en nuestra pampa", se entusiasmaba Ameghino.

(…)

¿Cómo era el simio de las pampas? Según Florentino Ameghino, "una de las condiciones esenciales a la seguridad individual en la llanura era la de poder divisar al enemigo desde lejos. Para observar a mayor distancia necesitaban apoyarse sobre sus miembros posteriores, que eran plantígrados, irguiéndose sobre ellos cuanto les era posible para luego tender la vista y escudriñar el horizonte". Estos cambios en la posición llevaron a la predominancia evolutiva de un cráneo más desarrollado y conferían nuevas funciones a los miembros superiores. Al precursor del hombre "ya no le fue posible recoger del suelo el alimento con la boca: tuvo que alzarle, llevándolo a ella por medio de las manos, ejercicio que desarrolló en él la facultad de observación, enseñándole que poseía instrumentos admirables que obedecían a su voluntad. Empuñó un día, por acaso, una rama; y al moverla comprendió que poseía un arma ofensiva y defensiva". Ese día, un *Homunculus* erguido y armado miró hacia el horizonte pampeano y reconoció que su vida jamás volvería a ser la misma.

* * *

Después de escuchar mi informe, el Gordo Roca volvió a los papeles que tenía sobre el escritorio como para hacerme entender que ya habíamos terminado y que podía irme, pero al ver que yo no abandonaba el despacho me preguntó si necesitaba algo más.

Solo quedaba una cuestión pendiente. Le dije que la Señora me había pedido que no hablara con nadie de la investigación. El Gordo Roca achicó la mirada y me apuntó directo a los ojos.

–Mire, Francisco: la Señora nunca llamó, usted nunca habló con ella y esta conversación que acabamos de tener nunca tuvo lugar. Si pudiera, inclusive le juraría que hoy tenemos solo veinte grados de temperatura y que en este país todo está bajo control. Cierre la puerta al salir, por favor.

Roca amagaba sacarse el problema de encima, pero yo sabía que me estaría controlando los pasos y las gestiones que realizara. Un patinazo por mi parte podía generarle un problema; cualquier dato interesante que surgiera de mi investigación, un buen negocio.

Tenía que comenzar por Perón. Sus actividades en los últimos cuatro meses. Ponele seis. La agenda del General era una cinta de Moebius con reuniones, conferencias, inauguraciones, premiaciones y entrevistas que en la Casa Rosada tenían prolijamente anotadas. Debería consultar la agenda de la Secretaría de Presidencia. También los diarios y revistas: ahí aparecían todos los actos públicos donde Perón había participado. Si Apold veía que no le publicaban las apariciones del General, se calentaba y les cortaba las subvenciones de la publicidad. ¿Lo tenés a Apold, no? Era el capo de los medios en la época de Perón… Apold, Raúl Alejandro Apold, se había formado en *El Mundo*, para algunos el mejor diario que se publicó en Argentina. Vos no sabés lo bueno que era ese diario, ahí escribían los mejores. Hasta Roberto Arlt escribió en *El Mundo.* El diario estaba en un edificio impresionante en Río de Janeiro y Bogotá. Lo demolieron. ¿Sabés que Arlt era vidente, no? Algunos andan por ahí diciendo que inventó el peronismo diez años antes de Perón. A lo mejor no están tan errados: imaginate que Apold y Arlt, al terminar la jornada en *El Mundo*, se iban a Las Violetas a tomar unas ginebras y hablar al pedo, qué sé yo, de minas, política

FACTUM EDICIONES

o de historia argentina. Capaz que ahí, en esas charlas entre Apold y Arlt, mientras se bajaban un porrón de ginebra Bols, imaginaron al peronismo. Este país es así: más investigás, más te das cuenta de que vivimos en un manicomio. Y no lo digo yo, lo dice Uriburu. Sí, la misión. Ya te habrás dado cuenta de que me encanta irme por las ramas. Volviendo a la misión, además de repasar los actos públicos del General, pensé que tampoco me vendría mal darle una ojeada al libro de pagos de la Casa Rosada. Por más que la presunta enciclopedia de Perón fuera secreta, en algún momento un dato, un encuentro, un intercambio, un cheque, algo, cualquier cosa, debería haber quedado registrado. En el mundo moderno no se puede hacer nada sin dejar rastros. Y yo los encontraría.

III

Ese verano no me fui de vacaciones. En realidad, estuve varios años sin tomarme una licencia. Tenía tantos días acumulados que podría haberme pasado un año o dos sin aparecer por la Coordinación. Encima, después que pasó lo de mi mujer, me aferré al trabajo. Yo era joven, podría haberme casado de nuevo, pero bueno, las cosas se dieron así. No te voy a decir que no tuve otras historias con mujeres, nunca fui un monje que vivía en la abstinencia, pero fueron relaciones breves, tipo toco y me voy. Bueno, una de estas relaciones duró bastante tiempo. No tiene nada que ver con la historia de Uriburu pero ya que estamos te la cuento: estuve metido con una enfermera. No era muy linda pero, eso sí, tenía buenas piernas. Y no te digo en la cama… Nos veíamos cada fin de semana, cuando no estaba de guardia en el hospital. Pero esto que te estoy contando pasó mucho después, más o menos en la época de Onganía. Me estoy yendo a la mierda otra vez. Respecto al encargo de la Señora, no tardé mucho en conseguir una lista con los nombres de las personas que habían visitado a Perón en la Casa Rosada en los últimos seis meses del año cincuenta. Las posibilidades de que aparecie-

FACTOTUM EDICIONES

Índice

I 13
II 22
III 29
IV 37
V 47
VI 57
VII 67
VIII 77
IX 87
La enciclopedia y sus metáforas 91
X 103
XI 113
XII 123
XIII 131
XIV 139
XV 149
XVI 157
XVII 165
XVIII 167
La Enciclopedia Manuscrita 169
Coda 185
La clase final 191

FACTOTUM
EDICIONES

FACTOTUM
EDICIONES

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www. factotumediciones.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?

Factotum Ediciones @factotumed